

# EL SUBDESARROLLO COMO CONTRADICCIÓN CONSUSTANCIAL DEL CAPITALISMO: notas introductorias para la (re)construcción de un concepto

Isaac Enríquez Pérez\*

*Resumen:* Desde una perspectiva interdisciplinaria, el presente artículo busca generar una revisión, una reflexión y una (re)construcción de la noción de subdesarrollo de acuerdo con las transformaciones contemporáneas y la intensificación de las desigualdades consustanciales al capitalismo y a su lógica disruptiva, conflictiva, asimétrica y polarizada. Por ello, se reconocen tres facetas que adopta: constructo teórico, proceso sustantivo de la realidad social e internacional y categoría ideológica enarbolada por elites políticas, funcionarios y expertos que elaboran un discurso desde los gobiernos nacionales, los organismos internacionales y las ONG para —en una cierta concepción— construir, tratar y mantener bajo control los problemas de las sociedades del Sur del mundo. En suma, se trata de formular algunas bases teórico conceptuales de lo que en la actualidad se entiende como subdesarrollo, así como identificar y caracterizar las distintas dimensiones que adquiere una condición de subdesarrollo, la cual se manifiesta más en territorios específicos que en un país o una región internacional.

*Palabras clave:* subdesarrollo, teorías del desarrollo, ideología, poder semántico y cognitivo, desigualdad social e internacional.

\* Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y la Escuela Nacional de Trabajo Social de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México.

UNDERDEVELOPMENT AS CONSUBSTANTIAL  
CONTRADICTION OF CAPITALISM:  
introductory notes for the (re)construction of a concept

*Abstract:* This article aims to generate from an interdisciplinary perspective a review, reflection and (re)construction the notion of underdevelopment from of contemporary transformations and the intensification of the inequalities that are inherent to capitalism and its logic disruptive, conflict, asymmetric and polarized, recognizing the three facets adopting: as a theoretical construct, as a substantive process of social and international reality, and as ideological category hoisted by political elites, officials and experts generate speech from national governments, international organizations and NGOs to —under certain conception— building to try and keep under control the problems of societies in the South world. In short, it is to lay some theoretical conceptual than at present could understand as underdevelopment, as well as to identify and characterize the different dimensions that adopts a condition of underdevelopment; which it is more common in specific territories and not in the set of an international region or a country.

*Keywords:* underdevelopment, theories of development, ideology, semantic and cognitive power, social and international inequality.

Quien controla el presente controla el pasado  
y quien controla el pasado controlará el futuro.

George Orwell, 1984

## Introducción

Ya sea en los documentos estratégicos de los organismos internacionales, en los discursos de los líderes políticos mundiales o en los informes de las organizaciones no gubernamentales (ONG) dedicadas a la cooperación internacional para el desarrollo, aparecen y se difunden términos como países en desarrollo, menos desarrollados, poco desarrollados, no desarrollados, en vías de desarrollo, pobres, países emergentes, economías en transición, naciones atrasadas, tercer mundo o dependientes, entre otros. Empleados en múltiples ocasiones de manera indistinta o incluso como sinónimos, pretenden remitir al comportamiento de las relaciones económicas internacionales o bien suplantar el concepto de subdesarrollo y el carácter contradictorio y asimétrico que es consustancial al capitalismo. El uso generalizado y acrítico de estos vocablos conduce a un vaciamiento del concepto de subdesarrollo, lo que encubre la naturaleza y el sentido de un fenómeno derivado de la desigualdad y compromete el ejercicio y la materialización de otros valores normativos gestados a la luz de la modernidad europea y su difusión etnocéntrica por el mundo.

Asumido lo anterior, cabe preguntarse lo siguiente: ¿cuáles son las principales teorías que estudian el subdesarrollo, qué les diferencia, cuáles son sus postulados, aportes, alcances y limitaciones?, ¿qué es el subdesarrollo?, ¿cuáles son los rasgos característicos que definen históricamente a una nación o territorio subdesarrollado?, ¿cuáles son las causas del subdesarrollo en tanto complemento y contraparte dialéctica del desarrollo?, ¿de qué manera incide la economía mundial en las condiciones

de subdesarrollo de una nación?, ¿cómo atemperar los efectos negativos del subdesarrollo en las sociedades que lo padecen? Estas interrogantes plantean la necesidad de comprender y asimilar la esencia, el sentido y la historicidad de la dialéctica desarrollo/subdesarrollo, así como el comportamiento de amplios territorios y sociedades que experimentan la desigualdad a su interior y se exponen a las condiciones asimétricas de la economía mundial y a la lógica contradictoria, conflictiva y polarizada del capitalismo.

Motivado por estas preguntas, el presente texto tiene como objetivo principal analizar, desde una óptica interdisciplinaria, el carácter y el sentido del fenómeno del subdesarrollo y sus distintas dimensiones histórico-empíricas interrelacionadas, en aras de contribuir a la deconstrucción, validez, actualización y vigencia de un concepto —el subdesarrollo— necesario para comprender los rasgos asimétricos de las relaciones económicas internacionales y las especificidades de amplios territorios y sociedades que distan —en sus estructuras económicas, su historia y estilos de vida— de la cultura y las condiciones propias de las naciones de Europa occidental y Norteamérica. Si bien es importante estudiar al subdesarrollo como un fenómeno sociohistórico, es preciso asumirlo también como una categoría ideológica asociada con la doctrina Truman, su concepto de «trato justo» y la *diplomacia del desarrollo* inaugurada a partir de 1949 y aceptada con vehemencia en las siguientes décadas por el sistema de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y el Banco Mundial (BM). Durante la segunda posguerra, la emergencia de un nuevo orden económico internacional signado por una hegemonía bipolar en la economía y la política mundiales indujo la necesidad de crear un discurso para representar la realidad de dos terceras partes de la humanidad, al tiempo que se pretendió legitimar la intervención oficial en el tratamiento de las problemáticas del Sur y la generación de ciertas prácticas y cursos de acción dentro de límites controlables.

## Construcción de la noción de subdesarrollo en las ciencias sociales

Hacia la década de los cuarenta del siglo XX, la investigación en ciencias sociales incursionó en los estudios sobre el desarrollo y se abrió una enorme veta que atrajo la atención de académicos liberales, keynesianos, neoclásicos, marxistas y estructural-funcionalistas. ¿Cuáles son las raíces del atraso económico en regiones como África, Asia y América Latina y cómo superar esta condición? Esa fue la principal pregunta que por aquellos años comenzaron a plantearse distintos teóricos y consultores de universidades anglosajonas y diversos organismos internacionales nacientes con la finalidad de aproximarse, desde diferentes enfoques, a los rasgos específicos de estas estructuras económicas, a los orígenes y causas de subdesarrollo.

En el marco de dicha necesidad académica y política, las teorías de la modernización, con su modelo de economía dual y su perspectiva liberal, concibieron al subdesarrollo como una etapa tradicional, inferior, atrasada y temporal, previa al advenimiento de la sociedad moderna, que se caracteriza por la falta de formación y acumulación de capital —causa principal del estancamiento de la productividad— en un contexto de pobreza y bajos ingresos que limita la capacidad de ahorro (lado de la oferta) y la propensión a invertir (lado de la demanda) debido al escaso poder de consumo de la población (Nurkse, 1955). El subdesarrollo, entonces, se relaciona con la estrechez del mercado, la escasez de capital y el carente estímulo al mecanismo de ahorro/inversión tras privilegiarse el subempleo rural, el uso de técnicas primitivas y el ejercicio de actividades tradicionales de subsistencia que no aportan al crecimiento económico (Lewis, 1954, 1955).

Por su parte, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) —al introducir de manera creativa el método histórico-estructural y las nociones del sistema centro-periferia, sin desvincularse

plenamente de las teorías de la modernización— argumenta que el subdesarrollo es un fenómeno que tiene sus raíces en el deterioro de los términos de intercambio provocado por la exportación de materias primas y la importación de bienes manufacturados (intercambio desigual); al tiempo que se relaciona con la retención y la concentración de los frutos del progreso técnico en las naciones industrializadas, la carencia de un proceso de industrialización que genere divisas para el fomento del crecimiento económico y la importación de bienes de capital. Además, la reducida capacidad para la acumulación de capital en las naciones periféricas —relacionada también con las causas del subdesarrollo— es explicada, tal como en el enfoque de la economía dual, a partir de la limitada productividad por trabajador y el excedente de mano de obra; más aún, la coexistencia de actividades económicas con diferentes niveles de productividad, la generación de empleo en aquellas que utilizan tecnologías avanzadas y la persistencia de subempleo en aquellas actividades laborales que no adoptan innovaciones genera *heterogeneidad estructural* (CEPAL, 1951; Prebisch, 1982).<sup>1</sup>

Desde una perspectiva neokeynesiana e institucionalista, y considerando las inconsistencias y las limitaciones de la teoría económica convencional para estudiar a los países del Sur del mundo, Karl Gunnar Myrdal (1979) argumenta que el subdesarrollo es un proceso desequilibrado en el cual las regiones dinámicas atraen amplios flujos migratorios que incentivan la formación de un mercado interno robusto capaz de estimular el potencial de inversión con el incremento de la demanda y el crecimiento económico. Adicionalmente, se crean economías de escala y economías de aglomeración que suponen la adopción de innovaciones que —como parte de las masivas inversiones de capital— incrementan la productividad que conduce a la mejora de la demanda externa, la generación

<sup>1</sup> Un panorama general de esta teoría es ofrecido por Rodríguez (1980); sobre la índole centrípeta del capitalismo avanzado, el carácter conflictivo del desarrollo y la estructura del capitalismo periférico, véase Prebisch (1981).

de empleos y la atracción de más población inmigrante (círculos virtuosos). Mientras lo anterior ocurre en una lógica concentradora, en otros territorios se gestan círculos viciosos a partir de la expulsión de mano de obra calificada, la consecuente reducción de demanda interna y la incapacidad de estas regiones atrasadas para acumular capital y emprender inversiones. Así, las regiones desarrolladas dotadas de un mayor ingreso y de actividades y trabajo especializados inhiben las posibilidades de expansión económica de las regiones subdesarrolladas, de tal manera que los desequilibrios y las desigualdades regionales son profundizados por el libre juego de las fuerzas del mercado y el movimiento irrestricto de las mercancías y los factores de la producción.

Como respuesta a los rasgos etnocéntricos de las teorías de la modernización y en aras de radicalizar los postulados del estructuralismo latinoamericano esbozado por la CEPAL y, especialmente, por Raúl Prebisch, las teorías de la dependencia —desde una perspectiva marxista, dialéctica, estructural e historicista— son las que más ahondan en la comprensión de las especificidades del capitalismo periférico y en las monopólicas, asimétricas y estratificadas relaciones económicas internacionales que tienden a reproducir sus patrones al interior de las naciones (colonialismo interno). Para sus teóricos, el desarrollo y el subdesarrollo son dos caras de una misma moneda a raíz de la situación de dependencia, dos estructuras diferenciadas, aunque profundamente interconectadas y relacionadas, no con el aislamiento sino con la expansión mundial del capitalismo. De ahí que el subdesarrollo no sea concebido como una etapa primigenia o atrasada y como una condición para la evolución del *continuum* del desarrollo, sino como parte y resultado del desarrollo y la expansión de los países industrializados en el sistema mundial y la posición histórica y subordinada que ocupan en él las naciones periféricas, que afianzan sus lazos de dependencia mediante la explotación del trabajo y la transferencia de excedentes y plusvalía al centro, al tiempo que ello refuerza los mecanismos de bloqueo

que inhiben el desarrollo nacional (Cardoso y Faletto, 1987; Sunkel y Paz, 1970; Dos Santos, 1978, 1984). En suma, se trata de una profundización del *desarrollo del subdesarrollo* (Frank, 1976, 1987; Marini, 1969) a medida que el capitalismo penetra en los territorios periféricos y que el intercambio desigual y la dependencia se agudizan, fortalecen y adquieren nuevas facetas (*nueva dependencia*) con la presencia de las corporaciones transnacionales, el financiamiento externo y la compra de tecnología producida en las economías centrales (Dos Santos, 1978). Aunque algunas vertientes de estas teorías (Cardoso y Faletto, 1987; Cardoso, 1972) reconocen la posibilidad de cierto grado de desarrollo, industrialización y fortalecimiento de las elites nacionales en condiciones de dependencia, expansión y control monopolista en la periferia (*desarrollo dependiente asociado*).

Desde el análisis estructuralista y dinámico de la economía mundial, y haciendo eco de las teorías de la dependencia, José Luis Sampedro (1972, 1999) argumenta que el subdesarrollo no es una etapa en el ascenso progresivo a la cumbre de la montaña que sigue un camino único, sino que es una segregación, una exudación o una excreción del desarrollo; de tal modo que se conforma como un problema planetario cuyos rasgos principales son la función de dependencia, la situación de marginación sin autonomía real y la pobreza permanente como resultado de la subordinación —que no del aislamiento— en los márgenes del sistema económico mundial. En suma, el economista español identifica varias características de la estructura del subdesarrollo, y lo define como una situación de pobreza marginada y permanente, segregada por el desarrollo, padecida por gran parte de una población mundial carente de perspectivas de cambios favorables en tanto persistan las relaciones de subordinación dentro del sistema y continúen adoptándose las estrategias convencionales de desarrollo (Sampedro, 1972).

En apego a las contribuciones de las teorías de la dependencia e incluso al enriquecerlas y actualizarlas con nuevos conceptos y categorías,



Samir Amin —desde la teoría crítica marxista y los estudios africanos— orienta sus investigaciones a la explicación histórica del atraso de África —y del Sur del mundo en general— al argumentar que ese continente padece un *subdesarrollo endémico* (Amin, 2001, 2005) y reconocer la creciente polarización capitalista mundial derivada de la expansión planetaria jerarquizada de este modo de producción generador de un *desarrollo desigual* que afecta a las formaciones sociales periféricas (Amin, 1974), de tal suerte que no sólo se trata de un proceso de desarrollo sino también de destrucción, en el cual África se insertó desde el siglo XVII al aportar fuerza de trabajo esclavizada hasta concretarse una acumulación de carácter confiscatorio iniciada con la conquista y colonización del siglo XIX, y perpetuada con su marginación y el suministro de hidrocarburos y minerales a lo largo del siglo XX (Amin, 1994).

Hacia finales de la década de 1970 varios de esos estudios pioneros sobre el subdesarrollo perdieron notoriedad en el ámbito académico, y amplios espectros de la economía del desarrollo sucumbieron o, en el mejor de los casos, se adhirieron a los postulados de la teoría económica neoclásica y al *fundamentalismo de mercado*. Tales perspectivas —ampliamente influyentes en las políticas económicas de las últimas tres décadas, pero presentes desde los escritos seminales de Robert Solow, Bela A. Balassa, Colin Clark, Jacob Viner, entre otros—, pese a que carecen de un enfoque histórico, enfatizan la idea de que el subdesarrollo consiste en un estancamiento económico y altas espirales inflacionarias ocasionados por las distorsiones del intervencionismo estatal en el proceso económico y las ineficiencias en el funcionamiento del mercado provocadas por el gasto público deficitario y las trabas (las políticas proteccionistas, por ejemplo) que pesan sobre la libertad de los individuos y su afán de competencia e inversión.

Para 1987, en el marco de la Conferencia Cumbre del Movimiento de los Países No Alineados, que atrajo a académicos y estadistas, se

establece la denominada Comisión del Sur (1991), encabezada por Julius K. Nyerere, con el fin de evaluar y reflexionar acerca de las dimensiones del subdesarrollo y su profundización —sin dejar de reconocer los errores internos— a través de fenómenos como la deuda externa, la crisis en la cooperación económica internacional y las asimetrías en las negociaciones comerciales que afectan a las subordinadas naciones del Sur del mundo en un contexto de crecientes relaciones de interdependencia que dificultan el control, por parte de los países subdesarrollados, de los acuerdos internacionales en materia de comercio, tecnología, financiamiento e inversión. Asimismo, se contempló el ejercicio de la autodeterminación nacional y la autonomía en la toma de decisiones fundamentales en estos países, y los factores que inhiben u obstaculizan la cooperación Sur-Sur y agudizan la pobreza y la diferencia de ingresos entre el Norte y el Sur (véase Nyerere, 1988). Por supuesto, en esta perspectiva privó una desilusión respecto a las estrategias de desarrollo adoptadas hasta entonces.

A finales de la década de 1990, al interior del mismo corpus de la teoría económica neoclásica, se perfilan los enfoques del nuevo institucionalismo económico —la historia económica propuesta por Douglass C. North, la teoría microeconómica de Oliver E. Williamson y la estrategia de política del BM (véase Burki y Perry, 1998)— como un intento de perfeccionar los postulados de la corriente principal. Los teóricos institucionalistas aducen que el subdesarrollo tiene que ver con el déficit de instituciones que compromete los alcances del desempeño económico e inhibe el promocionado potencial de las políticas de estabilización, privatización, apertura y readecuación de la regulación económica adoptadas unilateralmente desde la década de 1980. Paralelamente a esta perspectiva, se introduce el enfoque del capital social (véase Putman, 1993) para argumentar que las disparidades entre una sociedad y otra se explican por la carencia de un espíritu cívico y público, así como por

ausencia práctica de mecanismos de confianza, cooperación, asociatividad, solidaridad y reciprocidad entre las comunidades que las integran.

Varias de esas perspectivas teóricas puntualizan en aquellas dimensiones del subdesarrollo que aspiran —en el contexto de su orientación ideológica, normativa y prescriptiva— a «desarrollar» o, al menos, subsanar, y que en ciertos enfoques predominan, incluso en la actualidad, concepciones lineales de la historia que no reconocen el carácter conflictivo del mecanismo de mercado.

### El subdesarrollo como categoría ideológica etnocéntrica

Como constructo epistémico y categoría ideológica el subdesarrollo está profundamente asociado a un discurso etnocéntrico, unilineal y unidireccional de control, dominación y de construcción y ejercicio del poder, dotado de una perspectiva economicista, mecanicista, positivista u objetivista que concibe y asume al país o individuo como «atrasado», «tradicional», «pobre» o «subdesarrollado», como entes ajenos que es necesario comprender y representar mediante teorías formuladas en el Norte del mundo, al tiempo que se pretende intervenir y modificar su realidad con directrices tecnocráticas y cursos de acción también preñados de patrones y valores externos, es decir, el concepto de subdesarrollo fue esbozado por teóricos, políticos y técnicos de la planeación para designar a dos terceras partes de la humanidad como objeto de intervención en ámbitos relacionados con su imaginario social, las decisiones públicas, el comportamiento de las sociedades del Sur del mundo y la resolución de sus principales problemáticas sociales y económicas de acuerdo con la racionalidad instrumental, los modelos y valores de las naciones económicamente avanzadas. En dicha construcción semiótica sobresale, cuando menos en las ciencias económicas, la preeminencia del naturalismo racionalista y, en general,

del paradigma de las ciencias físico-naturales en la aprehensión de la realidad y la diversidad cultural del Sur del mundo.

Durante los primeros años de la segunda posguerra, fue el «descubrimiento» (o de forma más precisa, la construcción) de la pobreza como principal problema social de esas dos terceras partes de la población, lo que categorizó a amplios territorios y regiones del mundo como subdesarrollados, encasillando de golpe a diversas y vastas realidades contradictorias y eclipsando las especificidades y rasgos sui géneris de estas sociedades. La pobreza se concibió como la carencia o deficiencia de aquello material que sí poseían los habitantes de las naciones avanzadas, y se posicionó en aquellos años al crecimiento económico y el consumo masivo como los ejes y objetivos centrales de las estrategias de intervención en las naciones africanas, asiáticas y latinoamericanas. A través de esas representaciones fueron invisibilizados y silenciados los problemas concernientes a la idiosincrasia de tales sociedades, al igual que las prácticas y los conocimientos e interpretaciones de sus realidades; de tal modo que la racionalidad instrumental europea y norteamericana se implantó en la concepción de las problemáticas sociales (la pobreza, por ejemplo) y sus posibles soluciones, y en el ideal de futuro representado por el estilo de vida de las naciones avanzadas.

Con la incubación de las tensiones propias de la llamada Guerra Fría a partir de 1945, la problematización y el tratamiento de la pobreza —al menos para Estados Unidos y la vocación expansiva de sus empresas— fue un asunto de seguridad nacional, pues se relacionó abiertamente con la necesidad de procurar la estabilidad política al interior de las naciones consideradas pobres. Ello debido a la urgencia por expandir los mercados externos para las corporaciones estadounidenses y el excedente de capitales, con el apoyo de la política de «puertas abiertas» que consideró la necesidad de otorgar un tratamiento favorable a sus inversiones privadas en los países considerados atrasados, a la vez que se pretendía acceder

sin restricciones a su patrimonio natural y a materias primas adquiridas a precios bajos. En el fondo de esta concepción geopolítica de la pobreza subyacía la «política de contención» promovida para alejar la amenaza ideológica ejercida por la Unión Soviética en el Sur del mundo; además de procurar la perpetuación de un *statu quo* en las relaciones internacionales y un alineamiento de las naciones subdesarrolladas.

La doctrina Truman y la noción de «trato justo» proclamada en sus preceptos institucionalizados y burocratizados de inmediato en el sistema de organismos internacionales recién fundado por aquel entonces representaron e instauraron en el imaginario social a la pobreza como la principal amenaza del mundo capitalista de la segunda posguerra; un obstáculo y una amenaza para las naciones atrasadas y las sociedades más prósperas e industrializadas. De esa forma, en su discurso de toma de posesión como presidente de Estados Unidos el 20 de enero de 1949, Harry S. Truman introduce, por vez primera en el lenguaje de las elites gobernantes, el concepto de subdesarrollo (*underdeveloped areas*); en ese momento se da el banderazo de salida a la *era del desarrollo* para «salvar» —en una actitud mesiánica dotada de fe e ilusión respecto a una creencia o ideal de futuro— a las sociedades pobres, tradicionales, necesitadas e inmaduras mediante la planeación, la provisión de asistencia técnica, la adopción de la industrialización, la inversión de capital, el financiamiento externo, la interiorización de los valores y preceptos emanados de la Ilustración europea, y la difusión del conocimiento científico, la tecnología y la educación; remedios efectivos y probados, se decía, en la evolución y el progreso de la historia económica del Norte del mundo.

Esta conceptualización y representación de los problemas específicos del Sur del mundo generó un conocimiento con pretensiones universales, una imagen-objetivo futurible —que fue preciso ordenar en la teoría que se torna hegemónica (en un primer momento la síntesis neoclásica-keynesiana y, posteriormente, la teoría económica neoclásica conservadora)—,

un discurso homogéneo y un ejercicio del poder en los países objeto de intervención con el interés de mantener, gestionar y controlar dichos problemas y comunidades dentro de determinados cauces funcionales a las concepciones y prácticas de políticos y expertos. En estas labores, el experto y el *economista misionero* (entiéndase en el sentido del ejercicio pedagógico-sacerdotal, la prédica de algún dogma y la gestación de cierta misericordia, y no sólo como las comisiones enviadas por los organismos internacionales para hacer trabajo de campo en algún país) desempeñaron un papel crucial por su pericia ingenieril<sup>2</sup> y las buenas intenciones y prescripciones para tratar de atemperar y erradicar los problemas de las naciones periféricas.

A través de esta perspectiva ideológica y con la instauración de la economía del desarrollo como disciplina (especialmente de las teorías del crecimiento económico de inspiración keynesiana) fueron vaciados de contenido y sentido los conceptos de distribución y desigualdad —en tanto dimensiones esenciales de la dialéctica desarrollo-subdesarrollo— y suplantados por la noción de escasez y la asignación óptima de precios y recursos por medio de la planeación y la intervención estatal deliberada que estipulan acciones correctivas del mecanismo de mercado e impulsan la industrialización.

Son varios los factores que contribuyeron a suplantar la problematización de la distribución de la riqueza y la propiedad en el Sur del mundo: el *big-push*, el gran empuje en la inversión para crear empleos en la industria, sugerido por Paul N. Rosenstein-Rodan; el *balanced growth and vicious circle of poverty*, el crecimiento equilibrado con base en la formación de capital para «romper la cadena» del círculo vicioso de la pobreza vinculado con el limitado tamaño del mercado y de la producción por la carencia de ahorro, inversión y financiamiento, según Ragnar

<sup>2</sup> Acerca del perfil del macroeconomista como ingeniero, véase Mankiw (2007).

Nurkse; la *dual economy or dual sector model*, la economía dual que divide a la sociedad en sectores tradicionales o atrasados y sectores modernos, a decir de W. Arthur Lewis; la *low-level equilibrium trap*, la trampa del equilibrio de bajo nivel representada por la perpetuación de la pobreza a raíz de un aumento del ingreso per cápita que incide en el incremento de la población, según Richard R. Nelson; el *critical minimum effort*, el esfuerzo mínimo crítico para equilibrar las economías en niveles de subsistencia, según Harvey Leibenstein; el *circular cumulative causation*, la causación circular acumulativa y la tendencia del sistema económico a generar círculos virtuosos y círculos viciosos a partir de las inversiones abundantes o escasas en función de la demanda local y externa y no de la tasa de beneficios, de acuerdo con Gunnar Myrdal; los *backward and forward linkages*, los eslabonamientos hacia adelante y hacia atrás con el propósito de lograr la eficiencia en la industrialización en condiciones de un crecimiento desequilibrado, desde la óptica de Albert O. Hirschman; el *take-off*, el despegue para transitar por varias etapas hasta constituir una sociedad moderna signada por el consumo masivo, como lo define Walt W. Rostow; el *spillover*, el efecto automático de derrame del crecimiento económico hacia los estratos sociales bajos; la *green revolution and integrated rural development*, la revolución verde y estrategia del desarrollo rural integrado, ejercidas por el BM, para tecnificar la agricultura de subsistencia de las aldeas, aumentar la productividad agrícola, disminuir la pobreza de los campesinos y reconvertirlos a la economía de mercado; la *satisfaction of basic human needs and absolute poverty*, la satisfacción de las necesidades humanas básicas que relacionó, también desde el BM, la «lucha contra la pobreza absoluta» mediante la provisión de servicios públicos con la estabilidad y seguridad política nacional e internacional; el *sustainable development and our common future*, el desarrollo sostenible como estrategia para preservar y gestionar racionalmente y a escala global el medio ambiente, con criterios de eficiencia económica, optimización

de «recursos» escasos y capitalización de la naturaleza y la biodiversidad, y combatir la pobreza en aras de «nuestro futuro común»; y la *free to choice*, según Milton Friedman, la libertad de elegir del individuo con el objetivo de contrarrestar la tiranía de los controles del Estado sobre el mercado y abatir la inflación. Fueron y son parte de las metáforas de la economía del desarrollo que contribuyeron a la suplantación de la problematización de la distribución de la riqueza y la propiedad en el Sur del mundo.

Los elementos previos evidencian la preponderancia de considerar el cambio social y transgredir las leyes sociales y las instituciones que perpetúan la desigualdad social e internacional, inmersa en un panorama ahistórico, unilateral, tendiente al logro de equilibrios (salvo las obras de Gunnar Myrdal y Albert O. Hirschman) que omite o desconoce las especificidades de las realidades de regiones internacionales.

Más aún, el subdesarrollo se presentó como un concepto ideologizado, desarticulado, fragmentado y altamente excluyente que soslayó —al menos durante las décadas de 1950 y 1960 cuando prevalecieron los enfoques dualistas y modernizadores— la incorporación de todos los estratos y sectores de la sociedad en la planeación del desarrollo y las estrategias de intervención. Fueron ignorados los patrones culturales, idiosincrasias y estilos de vida de los individuos y sociedades objeto de intervención tras concebirse como si fuesen realidades marginales de otra época u otro tiempo histórico, ajenos, distintos y distantes al mundo contemporáneo. Se creó, a partir de este lenguaje teórico y técnico, y de su consustancial *poder semiótico*, una especie de *monopolio cognitivo* capaz de construir categorías y abstracciones que estandarizaron la representación de las realidades, los códigos de comunicación y la intervención en los problemas sociales.

Lo anterior tiene como trasfondo una idea básica: los conceptos y categorías relativos a los estudios del desarrollo se definen por ciertos valores y sobre la base de una posición política, axiológica (juicios valorativos), ideológica y ética, que en su conjunto se arraiga en la tradición de



pensamiento económico y político del sujeto investigador. Los conceptos y categorías no son neutrales, pues expresan una ideología y relaciones de poder entre quien los esboza y quienes son catalogados, clasificados y objeto de intervención, al tiempo que configuran el pensamiento, el lenguaje, las decisiones, el comportamiento, la acción, las relaciones sociales y la elección de problemas, las alternativas de solución y la exclusión u omisión de otros que no pueden ser controlados y manejados por las políticas públicas. Esto es, con el discurso se pretende regular la vida social y disciplinar, institucionalizar y burocratizar a los individuos, especialmente en lo relativo al proceso de acumulación y circulación de capital. Por si fuera poco, la noción de subdesarrollo estará en función de aquello que los teóricos o *policy makers* aspiren a «desarrollar», lo que a su vez dependerá de la posición político-ideológico-axiológica ante la realidad y su problemática. En suma, el discurso que describe, explica e interpreta, en parte construye y define problemas y fenómenos de la realidad social, y genera cursos de acción y pautas de comportamiento a partir de una *ética reformista* y un *discurso de la eficiencia* que esbozan postulados normativos y prescriptivos; lo cual, en conjunto, conforma una especie de *ingeniería del desarrollo y planeación*.

Este *poder cognitivo y semiótico*, regido por una ideología profundamente etnocéntrica, permitió que pueblos y culturas del Sur del mundo fuesen concebidos por teóricos, políticos y técnicos del Norte como inferiores, atrasados, tradicionales e ignorantes; sin embargo, más degradante aún es la manera en que las elites académicas y gobernantes del Sur concibieron, y aún conciben, como tales a sus naciones y poblaciones.

La distinción civilización-barbarie subyace en esas concepciones, mientras que asume, a lo largo de la historia, una connotación peyorativa para remitirse al otro y se expresa en vocablos diversos como primitivo, salvaje, perezoso, exótico, tropical o atrasado. Ello se relaciona con lo que Ivan

Illich denomina la exportación, desde las sociedades occidentales, de la dicotomía «ellos» y «nosotros» proveniente, en un primer momento, de la noción de progreso y, posteriormente, arraigada en las nociones de desarrollo y subdesarrollo que atraviesan por una mutación de seis fases desde la antigüedad en cuanto a la representación del extranjero: el *bárbaro*, que en las sociedades grecorromanas fue estigmatizado sin obligación alguna de integrarlo; el *pagano* (el carente de bautizo), que en el siglo IV fue salvado e integrado por la Iglesia mediante sus funciones maternales y asistenciales de educación y alimentación; el *infiel*, categorizado a principios de la Edad Media europea por la gran cantidad de musulmanes que se resistía a convertirse al cristianismo y a la obligación de emprender las cruzadas; el *salvaje*, en el siglo XV emerge tal noción para referirse al desprovisto de necesidades pero como extranjero visto de manera inédita en términos económicos, lo cual remite a los obstáculos enfrentados por la colonia española para propagar la civilización, la fe, la enseñanza humanista y la lógica mercantilista a las comarcas latinoamericanas; el *indígena*, al atribuirle necesidades, alma y humanidad al nativo, se reconvierte en indígena, ello posibilita legitimar la colonización, la dominación y la administración económica y política de las colonias; el *subdesarrollado*, surge para desmontar la visión del nativo o indígena como un individuo con necesidades limitadas que comprometen la realización de la acumulación del capital y el progreso, de ahí que la descolonización sea vista como un proceso de conversión planetaria hacia la racionalidad económica occidental (el *homo oeconomicus*) regida por el consumo, el alto uso de energía y el asistencialismo (sobre esta metamorfosis, véase Illich, 1981).

En este contexto histórico, los habitantes de amplias regiones del Sur del mundo fueron estigmatizados en distintos momentos y transitaron por varios calificativos (el conquistado, el colonizado, el indio, el tradicional, el subdesarrollado) no exentos de una carga de opresión, pues se

consideró a los individuos y sociedades como si viviesen en otra época. Esta construcción de las áreas subdesarrolladas condensó e integró las dimensiones del conocimiento (simbólica, poder y geopolítica) a fin de instaurar un discurso homogéneo —sin posibilidades de otro lenguaje alternativo, al menos en los circuitos oficiales de la academia y la política—, facilitar y legitimar la intervención técnica, crear instituciones, y para controlar y hacer funcionales las desigualdades y acercar a los pueblos y las culturas del Sur del mundo al cenit de la civilización euro-estadounidense. La dominación civilizatoria, los valores y las instituciones del hombre caucásico fueron posicionados como el referente universal para que el otro, el hombre subdesarrollado, proyecte su futuro y compare su historia, sus logros y sus límites.

La misión política del subdesarrollo como constructo teórico y discurso ideológico radica en conducir y controlar los problemas sociales dentro de los cauces institucionales y burocráticos, así como en agrupar y encasillar a individuos y comunidades —categorizados como necesitados— en compartimentos funcionales a la valorización y acumulación de capital. En esa representación de la realidad y la problemática se gesta una *cultura de la victimización* asociada con la ayuda oficial para el desarrollo (AOD), en la que algunos países se erigen como generosos y compasivos, en tanto que muchos gobiernos y ONG se asumen como víctimas que precisan de financiamiento y salvación.

## Hacia una noción de subdesarrollo: aproximación desde el carácter desigual del capitalismo

Un niño semidesnudo de piel morena, cuerpo lánguido, escuálido, malnutrido y enfermizo, con muecas de sufrimiento y dolor por el hambre, mirada desgarradora y angustiada, radicado en una chabola sin

mosquiteros de algún suburbio ciudadano marginal, polvoriento y sucio de África subsahariana, Asia meridional o América Latina, es la clásica fotografía de portada en las revistas anglosajonas de divulgación que suelen remitirnos a la noción de subdesarrollo, al tiempo que nos incitan a la conmoción, indignación y compasión. Sin embargo, más allá de la impresión emocional que suscita una imagen como la descrita, es preciso desentrañar la esencia y los rasgos de una condición de subdesarrollo en aras de aproximarnos a un concepto con validez explicativa.

Reconocida la anterior necesidad, cabe destacar que dentro de la estructura cíclica, asimétrica y desigual del capitalismo, el subdesarrollo es un fenómeno prácticamente inevitable, persistente y permanente —mas no espontáneo— en ciertas formaciones sociales, porque el proceso económico no se expresa de forma armónica ni equilibrada en el territorio, las sociedades y la economía mundial, sino que adquiere una lógica contradictoria, disruptiva, concentradora, excluyente y jerarquizada que posiciona a individuos, sociedades y naciones de manera diferenciada e inequitativa —y, por tanto, subordinada— en las relaciones sociales y de poder propias de la acumulación de capital, la distribución de la riqueza y de la posesión (o no) de fuerzas productivas o factores de la producción. Los individuos y las naciones que desempeñan distintas actividades económicas en el marco de cierta división social del trabajo y de la división internacional del trabajo, no ingresan ni participan como iguales en el proceso económico y, por consiguiente, no salen ni se les remunera como iguales; algunos ingresan, participan y se les retribuye como propietarios de los medios de producción, del conocimiento y la tecnología, y otros —la amplia mayoría de la humanidad— ingresan como sujetos de explotación o, en el peor de los casos, en condición de exclusión social y depauperación.<sup>3</sup> De ahí que la creciente estratificación y desigualdad

<sup>3</sup> Para una reflexión más extensa en torno a la dialéctica desarrollo-subdesarrollo, véase Enríquez (2010).

social e internacional constituya el principal signo del subdesarrollo y no la insuficiencia de recursos, la escasez de inversiones o capitales, la falta de eficiencia económica, el primitivismo evolutivo y secuencial de las estructuras económicas y sociales, o la deformación del capitalismo, enfatizados por múltiples perspectivas teóricas de variada posición ideológica.

Históricamente, la dialéctica desarrollo-subdesarrollo y el proceso económico en su conjunto han adquirido un carácter irregular, asimétrico, polarizado y desequilibrado en el tiempo y en el espacio, por lo que resultan privilegiados los territorios que centralizan las decisiones y concentran factores de la producción en tanto fuentes de la productividad e innovaciones tecnológicas e institucionales.<sup>4</sup>

Como acotación necesaria, cabe puntualizar que la desigualdad no sólo es entendida en términos de la distribución del ingreso y la asignación de recursos, si bien ello es un aspecto crucial, sino en términos de la correlación de fuerzas y relaciones de poder jerárquicas, estratificadas y polarizadas que se despliegan en torno a la forma en que históricamente se construye el conjunto del proceso económico y la acumulación de capital. Las modalidades que adquieren la posesión, la apropiación y la gestión de los factores de producción (capital, trabajo, tierra-naturaleza, conocimiento-tecnología y organización empresarial), así como la modelación de las instituciones que asignan los recursos, condensan las decisiones públicas y hacen factibles cursos de acción en las sociedades nacionales y en las relaciones políticas y económicas internacionales. En adición, es fundamental la exclusión de los beneficios causados por estos procesos y la definición de los objetivos propios de un proyecto de nación de acuerdo con las aspiraciones, las necesidades y el *deber ser* mostrados por la población.

<sup>4</sup> Al respecto, existe una tradición teórica que enfatizó, desde mediados del siglo XX, en los desequilibrios regionales y que comenzó con la noción de polos de desarrollo, aportada por el economista francés François Perroux (1955).

Las leyes del comportamiento y dinámica del mercado son distintas de una sociedad a otra, de un territorio a otro, de una cultura a otra; por lo que los problemas relativos al proceso económico se expresan de modo disímil en el Norte y el Sur del mundo, lo mismo que al interior cada una de las sociedades nacionales. Además, la economía mundial funciona como una estructura dinámica expuesta a las tendencias cíclicas del capitalismo, profundamente estratificada, articulada y dotada de relaciones sistémicas que responden a la división internacional del trabajo y a su lógica desigual y concentradora; en consecuencia, son más adversos y persistentes los efectos en las sociedades que experimentan una desarticulación o fragmentación nacional, territorial y sectorial.

En ambas escalas —sociedades nacionales y división internacional del trabajo— la estratificación, la concentración y la desigualdad se instauran históricamente a partir de la dominación y la violencia económico-material, militar y simbólico-ideológica. La conquista, la colonización, el sometimiento militar, el despojo y la dominación, como parte del expansionismo europeo, condujeron a la implantación agresiva y a ultranza de una organización de la producción radicalmente diferente a la de las sociedades autóctonas, situación que erosionó y aniquiló sus formaciones sociales y a amplias porciones de su población; esto enmarcado en un proceso de encubrimiento, negación y reconversión del otro, más que de descubrimiento de los territorios transatlánticos. La misma gestación y expansión del capitalismo en Europa desarrolló en su interior la violencia y el despojo a través de la *acumulación originaria de capital* (siglos XVI al XVIII) analizada por Karl Marx (1999) en el tomo III de su obra *El capital. Crítica de la economía política*. Además, se complementó con la expoliación y apropiación de los metales preciosos y las materias primas provenientes de las colonias europeas entre los siglos XVI y XIX y por la estructuración —primero en América Latina— de un capitalismo mercantilista o un *capitalismo colonial* (concepto introducido por

Bagú, 1992) que rápidamente adquirió facetas subdesarrolladas en la región.

Esta violencia también fue consustancial a la formación del Estado nación europeo, a la revolución industrial inglesa y la Revolución francesa, al surgimiento y expansión de valores e instituciones de la modernidad europea, así como al expansionismo territorial del este al oeste en lo que actualmente es Estados Unidos, fundada como nación tras el aniquilamiento de las poblaciones originarias. Incluso, la bonanza económica y el progreso tecnológico suscitados a partir de 1945 no pueden entenderse sin las dos grandes guerras padecidas en la primera mitad del siglo XX y la Guerra Fría experimentada hasta 1989. Por no mencionar la relevancia que para la valorización y acumulación del capital tienen, en el mundo contemporáneo, la apropiación y destrucción de la naturaleza y sus ecosistemas, la economía criminal y subterránea y sus imbricaciones con la economía real y el proceso de financiarización.

Paralelamente, en una dimensión simbólico-ideológica la estratificación y la desigualdad son simuladas y legitimadas —pero en el fondo entronizadas— mediante un discurso que representa de cierto modo los fenómenos vinculados con la dialéctica desarrollo-subdesarrollo. Se trata del ejercicio de una *violencia epistémica o cognitiva* que tiende a *invisibilizar*, negar, ningunear, silenciar y tornar marginales e ilegibles a extensas esferas de la ajena realidad social y las especificidades del Sur del mundo.<sup>5</sup>

Así pues, la estratificación de las sociedades nacionales y de la economía mundial se estructura a partir de la creación del excedente o la abundancia —no de la escasez— y, en especial, con la imposición de la jerarquización de las sociedades, a veces por las violencias institucionalizadas, y la concentración y distribución desigual de ese excedente, que termina por perpetuar los privilegios de algunos grupos sociales. De esta manera,

<sup>5</sup> Este concepto es analizado a profundidad por Enríquez (2015).

el subdesarrollo se asocia con dicha jerarquización que caracteriza a las sociedades nacionales y a las relaciones económicas internacionales, en tanto que subyace el fenómeno de la desigualdad configurado por la modalidad que prevalezca en las relaciones de poder propias de la distribución del excedente, el uso de los factores de la producción, la densidad de entramados institucionales, el grado de progreso técnico, la capacidad y los conocimientos para agregar valor a las materias primas y a la producción, la dotación o no de recursos naturales, la inserción desventajosa en la economía mundial y la política internacional.

Esta desigualdad social, en una dinámica dialéctica, crea y reproduce las relaciones de poder y las estructuras de dominación que dan sentido y rigen al capitalismo y a la acción colectiva, condensada en las instituciones del Estado y organismos internacionales. Desde tales entramados institucionales dentro del mercado y el espacio público/político se perpetúan, controlan y se tornan funcionales el sistema de estratificación, las asimetrías y las contradicciones al interior de las naciones y entre ellas.

## Principales rasgos de la naturaleza del subdesarrollo: segunda aproximación

Luego de esbozar una mínima noción de subdesarrollo y reconocer algunas de sus manifestaciones estructurales que tienen que ver con los fenómenos de la desigualdad en una acepción amplia, es preciso caracterizar las facetas más importantes que asume la condición de nación o territorio subdesarrollado. Esto último no es una labor sencilla porque existe el riesgo de sobrecargar el concepto y no diferenciar entre causas y consecuencias —que adoptan una lógica circular de ida y vuelta— del subdesarrollo dentro del capitalismo. Se complica aún más cuando este fenómeno o varios de sus rasgos no son exclusivos de las naciones del Sur



del mundo ni de sus regiones marginadas, sino que pueden presentarse —con sus respectivos matices— al interior y en el epicentro de naciones prósperas (como Estados Unidos) o en la periferia de la Unión Europea (Portugal, Irlanda, Italia, Grecia, España) en una especie de *globalización del subdesarrollo*, que si bien afecta y torna vulnerables a amplios sectores de las poblaciones nativas, margina primordialmente a los migrantes latinoamericanos, africanos, musulmanes e hindúes allí radicados. Más allá de la convencional división de naciones desarrolladas y países subdesarrollados o de centro-periferia en la economía mundial, esto nos induce a pensar que se suscita una estructuración de *territorialidades subdesarrolladas* en las que el subdesarrollo no se irradia en la totalidad de un hemisferio, un país o una región, sino que se configura históricamente en territorios específicos que se intergeneran con otras estructuras sociales y territorios que en distintas latitudes distan de estar en esas condiciones.

Tomadas en cuenta estas previsiones, además de no poder profundizar en el presente texto por motivos de extensión, procedemos a señalar que las naciones subdesarrolladas poseen o experimentan una serie de rasgos que es posible enlistar de la siguiente manera:

1) Poseen una frágil y desarticulada estructura económica que se evidencia en la desintegración del mercado interno y la falta de encadenamientos sectoriales e intrasectoriales, no sólo entre la industria (las ciudades) y la agricultura (el medio rural), sino también entre las distintas ramas industriales, algunas de las cuales responden a la demanda y a los requerimientos de los sistemas internacionales de producción integrada fundamentados en la manufactura flexible; reforzada esta fragilidad y desarticulación por la heterogeneidad estructural (concepto introducido por el estructuralismo latinoamericano de la CEPAL) y la concentración del desarrollo tecnológico en las regiones subnacionales y en las actividades económicas más dinámicas. No menos importante en la fragilidad de las estructuras económicas subdesarrolladas es la emergencia

o persistencia de un débil, desarticulado o nulo empresariado nacional, así como el predominio —inclusive con expresiones monopólicas— de la inversión extranjera directa en sectores productivos y comerciales estratégicos y dinámicos.

2) Experimentan un limitado, irregular e inestable crecimiento económico y fuertes tendencias al estancamiento económico, explicado e influido por las deficiencias en el proceso de acumulación de capital, la insuficiencia de ahorro interno e inversión y el desequilibrio interno entre la estructura de la oferta y la composición de la demanda (insuficiencia de oferta), profundizado por su exposición al desequilibrio externo.

3) Padecen una recurrente inestabilidad en las principales variables macroeconómicas y una constante dependencia del financiamiento externo al arrastrar el grillete de una deuda externa capaz de acrecentarse con el alza de las tasas de interés impuestas por los acreedores internacionales.

4) Respecto a las relaciones económicas internacionales, se caracterizan por una inserción desventajosa y subordinada en la economía mundial y, en concreto, en la división internacional del trabajo; una limitada contribución al comercio internacional y tendencias a la monoexportación (*commodities* como el petróleo, granos básicos o productos agroindustriales), y por un deterioro de los términos de intercambio, situación que se acentúa con las barreras proteccionistas impuestas a los productos agropecuarios de exportación y el incremento de los precios de los productos manufacturados y las tecnologías importadas. Más aún, con la intensificación de los procesos de financiarización experimentan una mayor exposición y vulnerabilidad ante la volatilidad monetaria y las recurrentes crisis financieras globales, aunado a la subordinación y la dependencia relativas a los mercados de capital que se benefician de la deuda externa contraída por sus gobiernos.

5) Destaca también su exposición a la extracción y transferencia de valor, ganancias y excedentes de la periferia al centro del sistema mundial

mediante diversos mecanismos como la productividad, la dependencia tecnológica, el monopolio en la producción, el intercambio desigual y la presencia en su momento de corporaciones transnacionales o de redes empresariales globales en la actualidad. En ese contexto, la compensación de esta sangría de valor, de acuerdo con Ruy Mauro Marini (1969, 1991), se realiza en el ámbito de la producción nacional mediante el aumento de la intensidad de la explotación de la fuerza trabajo, la prolongación de la jornada laboral, la expropiación padecida por el trabajador de aquellas porciones del trabajo necesario que le permiten reponer sus energías y su fuerza de trabajo, y la profundización de la apropiación de plusvalía y ganancia por medio de la remuneración de la fuerza de trabajo por debajo de su valor (desvalorización real y superexplotación del trabajo) y la reducción del consumo del trabajador, en tanto mecanismos específicos de acumulación de capital en las economías dependientes y en tanto el secreto del intercambio desigual.

6) Acentuada dependencia científica y tecnológica como parte de la retención de los frutos del progreso técnico en las naciones hegemónicas. Tal circunstancia se agrava con la expansión en el Norte del mundo de disciplinas científicas y de investigación de punta referentes a la genética, la biología molecular, la inmunología, la cibernética y sus aplicaciones en la biotecnología, el genoma humano, la robótica, la microelectrónica, las tecnologías de la información y la comunicación, la industria aeroespacial, los nuevos materiales, la nanotecnología, la inteligencia artificial, la ingeniería e industria militar, entre otras. Frente a ello, en el mejor de los casos, las naciones subdesarrolladas sólo pueden ejercer una propensión imitativa de algunos esfuerzos tecnológicos elementales difundidos y orientados al consumo masivo.

7) En una dimensión social y política, el subdesarrollo se manifiesta —en estrecha simbiosis con las aristas anteriores— a través de la debilidad, la desestructuración y la erosión de las instituciones estatales y del

imperio de la ley, así como la pérdida de control del territorio que, en conjunto, promueven escasas condiciones para la gobernabilidad y siembran el terreno para la emergencia de «Estados fallidos» (o que al menos son desgarrados por manifestaciones de una crisis político-institucional o una *crisis de Estado*) y la proliferación de poderes fácticos que desconocen y socavan —desde afuera (globalización y *red global de toma de decisiones*), desde adentro (por ejemplo, crimen organizado), desde arriba (medios masivos de difusión, empresariado y especuladores financieros) y desde abajo (paramilitares, movimientos guerrilleros, etcétera)— las funciones esenciales de los entramados institucionales referidas al monopolio legítimo de la violencia, la cohesión del territorio, la procuración de la seguridad pública, la preservación de la integridad física y la vida, y la imposición —por medio de la subsunción, la coacción, la cooptación, el ninguneo, la guerra civil o la violencia criminal y organizada que se torna estructural— de poderes y contrapoderes que pretenden hacer valer sus intereses facciosos o de grupo por encima del Estado, al utilizar resquicios, grietas y abismos abiertos por la corrupción, la impunidad y la crisis de derechos humanos y culturales.

8) La debilidad de las instituciones estatales es reforzada con la re-tracción del sector público en el proceso económico y el consecuente fortalecimiento del empresariado privado transnacional. Este rasgo, al igual que la deuda externa, el débil o nulo tejido empresarial y la presencia de la inversión extranjera directa, supone que cuentan con una limitada capacidad para ejercer, de manera soberana, la toma de decisiones en materia económica.

9) En lo concerniente al bienestar social, el subdesarrollo se reproduce a causa de la generalizada exclusión social, la concentración de la riqueza, la desigualdad, la pobreza y la marginación en las sociedades, lo que se conecta con la inequitativa distribución del ingreso, y con la emergencia, el agravamiento y la persistencia de flagelos sociales como el hambre, la

desnutrición, el analfabetismo, los campesinos sin tierra, las poblaciones sin techo, el hacinamiento, la «tugurización» y el crecimiento desbordado y sin planeación de las ciudades (con los consustanciales problemas de movilidad urbana, contaminación y destrucción de ecosistemas, y la emergencia de villas o cinturones de miseria). Como fenómenos transversales se hallan el carácter masivo del desempleo, el subempleo, la informalidad laboral y la precariedad de las condiciones de trabajo.

Gran parte de estos rasgos que componen el tipo ideal de una condición de subdesarrollo —con su concomitante capitalismo sui géneris— es posible ubicarlos en estructuras económicas y sociales de África, Asia meridional y central, Europa central y, especialmente, en América Latina.

## ¿Cómo salir del subdesarrollo?

### Una pregunta persistente con múltiples respuestas

Dentro de la academia y la praxis política, numerosas son las respuestas y las alternativas que, al menos desde 1945, se esbozan para que las sociedades puedan salir de lo que esa perspectiva ideológica considera como la condición de subdesarrollo. Desde la expansión y la profundización de los mecanismos de acumulación de capital hasta la *desconexión* o ruptura y la revolución socialista, han sido los extremos de un telón de fondo que plantea posibles soluciones para los problemas de las regiones del Sur del mundo.

Aunque reconocemos la urgencia de proponer alternativas para el mundo contemporáneo, junto con el carácter proactivo e influyente de la praxis teórica en la planeación del desarrollo, partimos de un posicionamiento más modesto que remite a las necesidades prevaletentes en el ámbito de la academia y que demandan modificar las concepciones y el

conocimiento en torno de la dialéctica desarrollo-subdesarrollo con la finalidad de incidir de manera diferente en la agenda pública.

En apartados anteriores y en otros textos hablamos de la necesidad de colocar a la desigualdad, en una acepción amplia, como eje principal y punto de partida de los estudios sobre la dialéctica desarrollo-subdesarrollo. A ellos se suma la necesidad —por oposición a los metarrelatos teóricos y abstractos y a los discursos académicos que apelan a grandes transformaciones— de profundizar en el estudio de las cosmovisiones y prácticas —muchas de ellas originales, alternativas o híbridas— de la vida cotidiana de las comunidades locales. En ese sentido, sin sobredimensionar ni caer en visiones fantasiosas o románticas, resulta oportuno hacer un esfuerzo por comprender, interpretar y reinterpretar concepciones, representaciones, modelos económicos, instituciones, así como diferencias y diversidades culturales de los territorios y sociedades locales del Sur, que en conjunto conforman construcciones del mundo que delinear pautas de comportamiento y abren cursos de acción con sus propios discursos y simbologías en un afán de apropiaciones y reapropiaciones alternativas de la realidad, las problemáticas sociales, los territorios y los comportamientos económicos y patrones de vida externos. Es pertinente en tales cosmovisiones alternativas reconocer y estudiar las culturas populares locales, la economía de subsistencia local (el privilegio de los valores de uso por encima de los valores de cambio), las relaciones de cooperación y aquello que se presenta como una muy diferente relación sociedad-naturaleza-divinidad a partir de la unión e indivisibilidad de esas tres dimensiones de la realidad y el imaginario social. Se trata de una relación simbiótica y recíproca como la representada por la Pachamama en el mundo andino, la suscitada en las prácticas del Buen Vivir o *sumak kawsay* (en lengua kichwa de Ecuador) o del Vivir Bien o *suma qamaña* (en idioma aymara de Bolivia), o por la gestión comunitaria de los ecosistemas en el sur de México.

Las nociones de culturas híbridas (elaboradas por Néstor García Canclini, 1990) e *indigeneización* (introducida por Arjun Appadurai, 1990) contribuyen a contrarrestar la idea de la preeminencia de un estilo de vida y una praxis económica universales; asimismo, refuerzan la concepción de la existencia de prácticas locales —culturales o económico materiales— en abierta simbiosis y en una relación de resistencia cultural y de asimilación diferenciada de los patrones externos y planetarios hegemónicos.

De manera similar, estas premisas vinculadas con el estudio de la dialéctica desarrollo-subdesarrollo requieren arraigarse en las categorías originales indispensables para el análisis de las sociedades humanas: riqueza, poder, conciencia o valores y explotación (González, 1970). Estos planteamientos mínimos sólo pueden ser potenciados mediante esfuerzos académicos que privilegien la convergencia y el diálogo entre varias disciplinas del conocimiento que colaboren en el cultivo de los estudios sobre desarrollo-subdesarrollo y que orienten acerca de distintas temáticas y esferas de la realidad, es decir, resulta preciso privilegiar un ejercicio de la investigación interdisciplinaria.

## Conclusiones

Reivindicar y redefinir el concepto de subdesarrollo no sólo es una necesidad teórica y discursiva que coadyuva a desentrañar la historicidad y el alcance de ese fenómeno, sino un imperativo político en la medida que remite a la construcción de un *poder cognitivo y semiótico* capaz de estructurar pautas de comportamiento y cursos de acción en la configuración de las sociedades y en la atención a sus problemáticas.

Ante el predominio de un discurso hipnótico, anestesiante e inmovilizador que esboza términos como países en desarrollo, atrasados o en

vías desarrollo, que hace creer que una maquinaria de soluciones está en marcha con la intención de «llegar a la meta», es pertinente plantearnos y replantearnos la naturaleza y las dimensiones contemporáneas de un concepto como el de subdesarrollo, a la vez que cuestionamos la *cultura de la resignación y el fatalismo* que inculca la creencia generalizada de aceptar ciertas condiciones de vida simplemente porque «así es la realidad», «así nos toca vivir» y «esto no cambiará».

Reconceptualizar la dialéctica desarrollo-subdesarrollo implica desestabilizar las teorías presentadas como hegemónicas que encubren los fenómenos relativos a la desigualdad social e internacional, acercarnos a interpretaciones o reinterpretaciones de culturas y prácticas populares que cotidianamente se construyen desde abajo, comprender su simbiosis con patrones externos, como las industrias culturales globales, la expansión e integración global del capitalismo y sus mecanismos de subsunción diferenciada.

Para confrontar a la persistente degradación de la naturaleza por la mano del hombre y la exaltación del *fundamentalismo de mercado*, la exclusión social, la consumista *civilización del desperdicio* (Schuldt, 2013) y la *cultura del descarte* (Francisco, 2015), es indispensable desde la academia y la política reivindicar y llevar a cabo el *pensamiento utópico* y la construcción de alternativas desde el Sur del mundo. Adicionalmente, debe asumirse que la dialéctica desarrollo-subdesarrollo no se reduce a fenómenos, problemáticas, deficiencias e insuficiencias económico-materiales regidas por la espontaneidad; al contrario, en lo fundamental es un proceso deliberado, conflictivo, cíclico, disruptivo y político inmerso en las contradictorias relaciones de poder de las sociedades nacionales y las relaciones internacionales. Estas últimas reproducen en vastas regiones del mundo un *capitalismo sui géneris y maduro*, que a su vez genera desigualdades de distinta índole y contribuye a la gestación y la perpetuación de condiciones de subdesarrollo que comprometen y erosionan valores como la democracia



—incluso reducida a su versión estrecha liberal y neoconservadora que privilegia lo procedimental, electoral y representativo— e incrementan las cifras de excluidos, desplazados y descartados en las territorialidades subdesarrolladas.

## Referencias

- Amin, S. (1974). *El desarrollo desigual: ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico*. Barcelona: Fontanella.
- Amin, S. (1994). *El fracaso del desarrollo en África y el tercer mundo*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África.
- Amin, S. (2001). Africa: living on the fringe, *African Insight*, 31(2).
- Amin, S. (2005). Cuarto mundo: subdesarrollo endémico en África. En Amin, S. et al., *El nuevo rostro del capitalismo. Rupturas y continuidades en la economía-mundo* (volumen I). España: Hacer.
- Appadurai, A. (1990). Disjuncture and difference in the global cultural economy. In Featherstone, M. (ed.), *Global Culture. Nationalism, Globalization and Modernity*. London: Sage Publications and Theory, culture & society, pp. 295-310.
- Bagú, S. (1992). *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Grijalbo.
- Burki, S.J. y Perry, G.E. (1998). *Más allá del Consenso de Washington. La hora de la reforma institucional*. Washington: Banco Mundial.
- Cardoso, F.H. (1972). Associated dependent development: Theoretical and practical implications. In Stepan, A. (ed.), *Authoritarian Brasil*. New Haven: Yale University Press.
- Cardoso, F.H. y Enzo, F. (1987). *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica*. México: Siglo XXI.

- Comisión del Sur (1991). *Desafío para el Sur*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Comisión Económica Para América Latina (1951). *Estudio económico de América Latina, 1949*. Nueva York: Organización de las Naciones Unidas.
- Dos Santos, T. (1978). *Imperialismo y dependencia*. México: Era.
- Dos Santos, T. (1984). La crisis de la teoría del desarrollo y las relaciones de dependencia en América Latina. En Jaguaribe, H. et al., *La dependencia político-económica de América Latina*. México: Siglo XXI.
- Enríquez Pérez, I. (2010). *La construcción social de las teorías del desarrollo: un estudio histórico/crítico para incidir en el diseño de las políticas públicas*. México: Miguel Ángel Porrúa/H. Cámara de Diputados.
- Enríquez Pérez, I. (2015). Variaciones en torno a la noción del concepto de desarrollo: notas introductorias para la definición de un constructo con implicaciones teóricas y políticas (capítulo en libro colectivo sujeto a dictamen editorial).
- El Vaticano (2015). *Encíclica Laudato Si': sobre el cuidado de la casa común*. Roma: Autor.
- Frank, A.G. (1976). *América Latina: subdesarrollo o revolución*. México: Era.
- Frank, A.G. (1987). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina. Estudios históricos de Chile y Brasil*. México: Siglo XXI.
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- González Casanova, P. (1970). *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Illich, I. (1981). *Shadow Work*. Salem. New Hampshire and London: Marion Boyars.
- Lewis, W.A. (1954). Economic development with unlimited supply of labor. *The Manchester School*, 22(2), pp. 139-191.
- Lewis, W.A. (1955). *The theory of economic growth*. London: Allen and Unwin.

- Mankiw, N.G. (2007). El macroeconomista como científico y como ingeniero. *Desarrollo económico*, 47(185), pp. 3-23.
- Marini, R.M. (1969). *Subdesarrollo y revolución*. México: Siglo XXI.
- Marini, R.M. (1991). *Dialéctica de la dependencia*. México: Era.
- Marx, K. (1999). El proceso global de la producción capitalista. En *El Capital. Crítica de la economía política* (tomo III). México: Fondo de Cultura Económica.
- Myrdal, G. (1979). *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nyerere, J.K. (1988). La Comisión del Sur. Labrar el futuro según nuestras aspiraciones. *Comercio Exterior*, 38(2), pp. 149-153.
- Nurkse, R. (1955). *Problemas de formación de capital en los países insuficientemente desarrollados*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Perroux, F. (1955). Note Sur la notion de poles croissance. *Economic Appliquee*, (1-2), pp. 307-320.
- Prebisch, R. (1952). *Problemas teóricos y prácticos del crecimiento económico*. Santiago de Chile: Comisión Económica Para América Latina.
- Prebisch, R. (1981). *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Prebisch, R. (1982). El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus problemas principales. En Gurrieri, A. (sel.), *La obra de Prebisch en la CEPAL*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 99-155.
- Putnam, R.D. (1993). *Making democracy work. Civic traditions in modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- Rodríguez, O. (1980). La teoría del subdesarrollo de la CEPAL. Síntesis y crítica. *Comercio Exterior*, 30(12), pp. 1346-1362.
- Sampedro, J.L. (1972). *Conciencia del subdesarrollo*. Madrid: Salvat/Alianza.
- Sampedro, J.L. (1999). Una visión del subdesarrollo hace 30 años. *Revista de Economía Mundial*, (1), pp. 139-147.

Schuldt, J. (2013). *Civilización del desperdicio. Psicoeconomía del consumidor*. Lima: Universidad del Pacífico.

Sunkel, O. y Paz, P. (1970). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. México: Siglo XXI.